

# La situación del profesorado de Filosofía en la Enseñanza Media

Félix García

Cualquier valoración de la situación del profesorado de filosofía de enseñanza media debe ser consciente, en primer lugar, de que comparte unas características comunes con el resto de los profesores de ese nivel educativo, lo cual, en estos momentos, no es ni mucho menos un signo positivo. En efecto, en general el profesorado está atravesando una mala racha de desencanto generalizado y desánimo que llega a situaciones de auténtica depresión en el sentido estricto de la palabra. Parte del desánimo se puede explicar por condicionamientos estrictamente generacionales; en estos momentos configura el grueso del profesorado una generación que tiene entre treinta y cuarenta años, es decir, una generación que conoció y participó activamente en los años de lucha por las libertades democráticas y que compartió, aunque con las limitaciones propias de nuestra situación política y cultural, la renovación ilusionada de los años sesenta. La década posterior fue la década del desencanto, de las promesas incumplidas y del hundimiento de las esperanzas en el naufragio colectivo de la crisis. En España esta situación adquirió matices específicos por el advenimiento de la democracia, no precisamente como consecuencia de aquellas luchas, sino simplemente porque también los dictadores se mueren. La reforma, que no la ruptura nos trajo una democracia algo discutible que para una parte de los que más se esforzaban en mover el cotarro en aquellos años supuso el comienzo de una fulgurante carrera política, mientras que para otra parte supuso el desencanto. En ambos casos se contribuyó a crear una situación de vacío, de falta de medios humanos que siguieron animando la renovación global del sistema educativo. Las reformas no vienen nunca de los cargos políticos, demasiado ocupados en conservar su puesto, ni de los desanimados, demasiado nostálgicos para poder mirar más allá de su ombligo.

Pero el desánimo y la depresión endémicas tienen también un origen en la

misma educación. El sistema escolar ha dejado de cumplir las expectativas que generó en gran parte de la población española en los años sesenta y setenta, con la famosa LGE; no parece conservar mucho crédito la promesa de la igualdad de oportunidades y la esperanza de promoción social a través de la obtención de un título universitario. En esta situación, cuando la gente ve en las escuelas más un lugar de paso o de espera a falta de algo mejor o de otro sitio al que enviar a los chicos, es lógico que chirrien todas las ruedas del engranaje y que se muestren con evidencia las limitaciones de la educación. Surge así el famoso tema del fracaso escolar, ceremonia de la confusión de la que todos quieren sacar partido o demostrar la última perogrullada de turno; el cúmulo de estupideces que se pueden decir respecto al fracaso parece no tener término, lo que no sería grave de no ser porque impide acometer con seriedad problemas que el sistema escolar arrastra desde siempre y que son consustanciales al mismo. Pero lo malo es que aunque todos intenten echar las culpas a los de al lado, y en eso los profesores no somos una excepción, la administración, los padres y los alumnos han logrado ponerse de acuerdo en que uno de los culpables fundamentales es el propio profesor, mal preparado, vago y aburrido, que fustiga a los pobres niños y, en el colmo de la osadía y crueldad mental, cuando no saben nada se atreve a suspenderlos. Afortunadamente la Administración, mucho más sabia y honesta que los profesores, pone remedio rápido introduciendo la «novedad» de que los padres y alumnos podrán recurrir contra los injustos suspensos inflingidos por crueles profesores. En estas condiciones, el que no se deprime es porque está hecho de material incombustible. Los más caen en el fatalismo resignado y en la falta de inquietudes sobre su propio ejercicio profesional.

En ese marco poco halagüeño, del que terminaremos saliendo siempre que no olvidemos que la liberación de los profesores es cosa de los profesores mismos, el subconjunto de los profesores de filosofía tiene otros problemas específicos, que permiten presentarse con un aire de familia bastante peculiar. La filosofía es una asignatura que padece una crónica anemia didáctica que puede detectarse en numerosos datos sumamente significativos. Hay una escasez preocupante de manuales sobre didáctica, son también pocos los artículos que aparecen en las revistas de pedagogía dedicados al tema y parece grave que tampoco se detecta una excesiva preocupación por estas carencias. Caemos así en un anquilosamiento y una rutina notables, repitiendo incansables formas de dar clases que no acaban de satisfacer ni a alumnos ni a profesores. Sigue formando parte del grueso de nuestra enseñanza la explicación del profesor y hay una fijación excesiva en el comentario de texto como única actividad de tipo práctico con la que completar la enseñanza de la asignatura. A pesar de ello, sigue siendo escasa la implantación del comentario y no se ha logrado desarrollar todas las posibilidades pedagógicas que tiene, carentes en general de una metodología del comentario lo suficientemente extendida y asumida como para servir de orientación general. Otra práctica que goza de una cierta extensión, aunque en este caso con efectos más negativos, es el abuso de la

reflexión personal, que, normalmente carente de datos en los que apoyar esas reflexiones, tienden a convertir las clases y los ejercicios en una especie de chascarrillo popular.

La introducción de la asignatura de ética, al margen de la oposición con que contó en un principio y de lo criticable que pueda ser el procedimiento seguido para su implantación, ha sido, sin duda, un importante revulsivo que ha obligado a profundizar en cuestiones didácticas, como en su momento, aunque más parcialmente, lo supuso la lógica. La ética nos ha obligado a impartir filosofía en unos niveles a los que no estábamos acostumbrados y además en unas condiciones especialmente difíciles para la enseñanza de una asignatura académica. Eso ha provocado un considerable esfuerzo y una amplia indagación de nuevos métodos y materiales con los que hacer frente a esas dificultades. Sea por la novedad, sea por la carencia de ideas para impartirla, sea por las posibilidades de la misma ética, más próxima a problemas de la vida cotidiana, el hecho es que en este campo sí se han producido interesantes aportaciones en los últimos tiempos. No es ajeno a esto el hecho de que en otros países se había producido una recuperación de la enseñanza moral de la mano de autores tan importantes como Piaget, Kohlberg e incluso Habermas; métodos tan interesantes como la clarificación de valores, el dilema moral, el conflicto de valores, etcétera, vienen siendo muy trabajados en países de habla sajona sobre todo, al compás de una recuperación de la filosofía en los planes de estudio de los niveles a lo que sería aquí la segunda etapa de E.G.B. y el B.U.P. Dejamos para otro momento una serie de sugerentes reflexiones que nos produce ese renacimiento de la filosofía cuando aquí estamos caminando aceleradamente hacia su extinción.

Por eso y por más cosas, no seríamos justos si no reconociéramos que cada vez son más numerosos y más sólidos los pasos hacia una renovación profunda en cuestiones de didáctica y que se pueden seguir esfuerzos notables, muchos de ellos además procedentes de grupos de trabajo estables. Como ya hemos dicho, el comentario de textos ha influido poderosamente en la didáctica, al igual que la asignatura de la ética, pero también es importante la necesidad de aclarar algo la situación al renovarse sustancialmente la función de la filosofía con la desaparición del antiguo bachillerato, de la que hablaremos a continuación. A riesgo de quedarme corto y reconociendo que hablo solamente de lo que conozco, hay que recordar al grupo catalán, bien sea a través de *Panta Rei*, bien a través del *Collegi*; pensemos también en los esfuerzos de la editorial *Laser*, animada por profesores de Enseñanza Media; en los *Cuadernos de Filosofía y ciencia* que recogen y coordinan esfuerzos de profesores del País Valenciano; en los trabajos serios desarrollados en Zaragoza, con algunos nombres muy significados, que culminaron en un estudio muy valioso para comprender la situación de la filosofía y en un Congreso también muy interesante; en la Sociedad Española de Profesores de Filosofía de Instituto que va consolidándose poco a poco y estableciendo ya contactos con otros grupos fuera de España. Pensemos en otros muchos a los que pueda haber olvidado, porque

entre todos ellos se está tejiendo una malla cada vez más tupida y más sólida que se plasma en publicaciones, revistas, colecciones de libros, ediciones de clásicos, congresos y seminarios muy diversos.

De alguna manera, esta efervescencia, todavía incipiente, ha sido una respuesta a una situación cercana al caos producida, como decía antes, al desaparecer la uniformidad y la estabilidad que proporcionaba el programa del anterior bachillerato, en el que se pedía fundamentalmente enseñar filosofía aristotélico-tomista. Después de aquello, que no debemos nunca añorar, vino la fragmentación, la dispersión más absoluta en la que cada uno orientaba su enseñanza como mejor le parecía, siendo más cierto que nunca el viejo dicho popular de que cada maestrillo tiene su librillo. La dispersión llegó, y todavía está, en situaciones realmente graves pues incluso al nivel de un seminario en un Instituto resulta bastante difícil ponerse de acuerdo; al llegar los exámenes de suficiencia o de septiembre, cada profesor debe poner su propio ejercicio. El lado positivo de esta dispersión ha sido, como ya hemos dicho, estimular la renovación pedagógica y dar cauce a una cierta dosis de imaginación. Pero el gran inconveniente ha sido el contribuir poderosamente a la disolución de la especificidad de la asignatura de filosofía. Se cuenta una anécdota célebre bastante ilustrativa; un profesor de matemáticas se puso a charlar de todo lo divino y lo humano con sus alumnos, hasta que uno de estos le dijo con cierta crudeza que se pusiera a explicar matemáticas que para cachondeo ya tenían la clase de filosofía. Las anécdotas siempre deforman y los alumnos se caracterizan a veces por su mal gusto, pero denota algo que debe preocuparnos.

En efecto, por un lado han accedido al puesto de profesores personas de muy diversa formación. Así no es extraño ver algún profesor que enseña casi exclusivamente psicología, o sociología, pensando en ambos casos que la filosofía es puro camelo y especulación vacía. Para otros el único papel digno que puede desempeñar la filosofía es hablar a los niños de Galileo, Newton, Einstein, y, cual émulos de Kuhn, Lakatos o Popper, reducir su función a la metodología de la investigación científica, al margen de que no se suela saber mucha ciencia para emprender esa tarea con rigor. No es de extrañar, por tanto, que si se hace una encuesta como la que hizo el ICE de Zaragoza, se constate que han desaparecido de la mayor parte de los programas realmente explicados por los profesores temas de tanta tradición filosófica como el de la verdad o el de la realidad, por no mencionar otros tradicionalmente olvidados como el de la estética. Lo mismo pasa al llegar a la Historia de la Filosofía en la que hay una cierta tendencia a hacer desaparecer a Hegel de los programas, o a Husserl, simplemente porque son muy difíciles, argumento realmente sorprendente que tendría incalculables consecuencias si lo aplicaran todos los profesores en sus respectivas asignaturas. Podríamos terminar enseñando las reglas del juego de canicas, como modelo de algo sencillo. No es de extrañar en estas circunstancias el que, siendo la filosofía una asignatura indiscutiblemente compleja, el número de aprobados sea comparable al de las tradicionales marías. Por descontado que el objetivo a alcanzar es el aprobado de todos y que

## La situación del profesorado de Filosofía en la Enseñanza Media

un profesor bueno con una buena metodología suele tener muy pocos suspensos, pero no parece que sea ésta la explicación de nuestro caso.

El problema más grave con el que nos enfrentamos ahora es precisamente esta disolución de la filosofía. Hay una ambigüedad absoluta respecto al papel que puede desempeñar la filosofía en el conjunto del plan de estudios de un adolescente. Estamos entre el riesgo de convertirnos, y algunos así lo hacen, en nuevos directores espirituales de los chicos, en sustitución de los curas que ahora no gozan de tanta audiencia, o de sacrificar la reflexión filosófica en aras de una discutible objetividad metodológica. Al final, no sabemos nosotros mismos lo que queremos y hacia dónde debemos caminar; la república de los filósofos siempre ha sido una especie de logomaquia en la que es difícil ponerse de acuerdo, lo cual puede entenderse incluso como una virtud, pero por lo menos hay que discutir entre nosotros, y teniendo en cuenta con modestia que no somos filósofos sino profesores de filosofía, intentar llegar a unos acuerdos mínimos. Aunque hay signos esperanzadores, como son esos esfuerzos numerosos de renovación didáctica y perfeccionamiento del profesorado, hay también auténticos nubarrones en el horizonte. Se acerca una reforma de las enseñanzas medias, ya está en plan de experimentación, y los profesores de filosofía hemos sido excluidos de su primer ciclo sin ni siquiera hacernos una consulta después de que llevábamos unos años impartiendo la ética, lo cual nos concedía una cierta capacidad de opinar. Para el segundo ciclo también se corren rumores realmente graves, aunque todavía están las cosas sin estudiar ni decidir. No se trataría en ningún momento de defender intereses corporativistas, sino de expresar en voz alta que nosotros seguimos pensando que la filosofía puede hacer una contribución inestimable a la formación de los adolescentes. No obstante, no procede caer en lamentaciones; en gran parte depende de nosotros mismos defender y hacer presente esa aportación, pues si algún día llegamos efectivamente a desaparecer no debemos olvidar que ya nosotros habíamos ido disolviendo la filosofía y mostrando claramente que tampoco veíamos muy claro lo que se podía y debía hacer.